

único remedio era abrazarse a Wanda y dejar que las olas estallaran con fuerza contra la pared del dormitorio. En la otra vereda, veía a su madre, en medio de las olas que se lanzaban sobre él; la miró a los ojos y se despidió de Wanda.



EL ELEGIDO

No me asusta el aspecto que va tomando la casa. Está casi vacía, apenas quedan algunas cajas inútiles y el colchón con las viejas sábanas donde duermo. Si se pareciera a las cavernas, empleadas por los ermitaños, sería mejor, nada más adecuado para mi extremada penitencia.

Las últimas cosas de valor, las vendí la semana pasada, con ellas pude pagar las cuotas del mes vencido; por esta vez no necesitaré pedir prestado para comer. Presiento que la espera pronto se terminará; pero esta nueva fe, de la cual yo soy el único iniciado, exige estar preparado para enfrentar cualquier contratiempo. Desde ayer, estuve probando una forma de alimentación a base de uñas y pelos, y creo que pronto estaré en condiciones de recurrir a esta dieta en caso de necesidad. No hay nada que pueda desviarme de la revelación que tuve hace seis meses.

Fue en un día aparentemente normal, cuando al prender la radio por la mañana, escuché el aviso de la rifa. En él no aparecía nada que no hubiese oído antes, pero el impulso de aquella voz me insufló el grandioso destino del cual ya no puedo desprenderme. Apenas salí a la calle, me encontré con un vendedor ambulante que vocaba la misma rifa; no le fue necesario ofrecerme un número, me lancé sobre la mesita, temiendo que otra persona

comprara alguno y le pedí todos los que tenía. Ese fue el acto que me unió definitivamente a mi destino; el vendedor lo comprendió y no dejaba de mirarme con asombro, sin decidirse a darme los cupones. Para sacarlo de dudas, le entregué el dinero que tenía y me llevé lo equivalente en números. Le di mi dirección para que fuera a entregarme el resto, que yo abonaría en el momento. Pagué los números vendiendo una licuadora sin que Nora se enterara, dije que la había mandado a arreglar y ella me creyó.

A partir de ese momento tuve que enfrentar las pruebas más extremas para demostrar mi condición de elegido, la escasez de dinero fue la más dura. Había muchos más cupones que yo debía comprar, los números de sus cifras me lo gritaban cada vez que pasaba frente a una casa de lotería. Se tornó impostergable la venta de más electrodomésticos y ya no pude evitar las sucesivas discusiones con Nora. Luego sobrevino el rompimiento definitivo. Intenté hacerle comprender lo sagrada que era mi actividad, pero no quiso escucharme, se limitó a cargar todo lo que podía y a llevarse los chiquilines sin que me despidiera de ellos.

Sabía que me dejaba sin una parte importante de mi fuerza espiritual, limitando la posibilidad de una rápida propagación del nuevo credo; porque son necesarios nuevos elegidos para llegar a la máxima cantidad de fieles posibles. Va a ser muy difícil que yo solo pueda con la totalidad de la empresa, la incredulidad es mucha y la desdicha se apodera fácilmente de la gente. Hubo días en los

cuales pensé que jamás lograría mi cometido; sin nada que vender tuve que emplear una buena parte de mi sueldo en comprar más números y desatender de este modo el pago de las cuotas. Creía que este era el último sacrificio que se me imponía; talvez, a partir del primer sorteo mis caminos se tomarían más claros. No veía ningún obstáculo para que yo me hiciera acreedor a los millones de pesos en barras de oro que todos los días se sorteaban. Con ese dinero podría ganar más adeptos y levantar grandes ofrendas para los más necesitados, a cada uno le entregaría un número de los que había comprado, así se encargarían de multiplicar los beneficios. Barras de oro, viajes a Europa, apartamentos y electrodomésticos.

... Nada de esto se dejaría de repartir por millones; yo me encargaría de organizar este inmenso beneficio.

Ya estaba investido del mandato divino, la necesidad en el planeta sería desterrada y pronto volvería Nora con los chiquilines. Pero el ser elegido no es nada fácil, hay que estar siempre lidiando con el sacrificio y no tener miedo cuando no se puede hacer otra cosa más que hundirse en él y arrastrar desde su fondo las pruebas que se nos impone. De un día para otro dejé de escuchar el anuncio de la rifa por la radio, en los diarios ya no salieron las páginas con el aviso ocupando casi toda su superficie. Inicié una recorrida por las casas de lotería y la única respuesta fue que ya se había sorteado la totalidad de los premios; el ciclo había concluido. Sin duda,

me dejé llevar por un mal impulso, de los tantos que ya estoy aprendiendo a dominar. Comprendí que los premios son apenas un débil reflejo de lo que verdaderamente importa, antes de obtenerlos hay que lograr la paz espiritual de la mayor cantidad de gente posible; sólo de esa forma el verdadero camino se nos abrirá a todos por igual. Pude reanimarme pronto, luego de esta desilusión, casi a tientas fui descubriendo la verdadera relación que había en mi misión. La clave estaba en los números, comprendí que no eran cifras sino signos dispuestos para guiarme. El universo era un gran signo del cual yo debía encontrar la relación existente entre sus dos partes... Antes necesitaba formar una congregación en la tierra y descubrí el culto que nos consagrara como la Única Congregación Valdedera.

Debía empezar por los números comprados. Los extendí en el suelo; primero en orden creciente, luego en orden decreciente y finalmente hice una fila con los números pares y otra con los impares. Aproveché las operaciones combinatorias y conformé números de teléfono y domiciliarios, fechas de nacimiento y muerte, sucesos históricos y claves secretas para desactivar arsenales atómicos. Esta era la prueba concluyente del inmenso poder que estaba develando; ahora no podía echarme para atrás. Resolví ir a las direcciones descubiertas y presentarme como el primer elegido de la "Única Congregación Valdedera". Nadie me creía y hasta llegaron a cerrarme la puerta en la cara insultándome. Sin perder mi fe, seguí insistiendo, y visité la

casa de unos ancianos. La mujer abrió la puerta muy despacio, casi con desconfianza y se quedó mirándome unos momentos. Le expliqué cuál era mi misión en la tierra y cómo conseguí su dirección, la anciana me escuchó complacida, reflejando la alegría de alguien que nos está esperando, hace muchos años. Me invitó a pasar e inmediatamente se disculpó por la ausencia de su marido, estaba muy enfermo y ella iba todos los días a cuidarlo al hospital, recién llegaba a su casa porque "tal vez esta fuera la última oportunidad"... según dijo.

Miraba la carpeta que tenía en mis manos y sin dejar que el silencio embarazoso nos envolviera, pregunté si ya tenía ubicados a todos los integrantes de la Congregación. Levantó la vista y la clavó en mis ojos al terminar de hablar, reafirmando con su mirada compasiva la urgencia del tema; dudé unos momentos y dije que no, "Cuando éramos jóvenes nos guiábamos por las loterías familiares, si no recibías bien el llamado tenías que recorrer todas las casas de la ciudad en donde se jugara... yo sé que a pesar de la televisión, la radio y la gran cantidad de rifas que son anunciadas la cosa tampoco es fácil, a nosotros se nos fue la vida en esto y a ustedes les queda menos tiempo todavía", dijo la vieja. La mujer hizo un gesto dando a entender que la conversación no duraría mucho tiempo y volvió a mirarme, "¿tu esposa te ayuda en esto?". Le dije la verdad y ella no intentó disimular su decepción, se frotó las dos manos contra la falda y respiró pausadamen-

te, "es importante que ella te ayude, el universo está compuesto por materia y energía, esa relación es caprichosa y el punto de contacto es la humanidad... o sea el hombre y la mujer. Ustedes tienen que buscar juntos, si no el esfuerzo es inútil". La anciana se dio cuenta de mi preocupación, intentó levantarme el ánimo diciéndome que buscara un acercamiento con Nora y me aconsejó formalizar el rito para ir ganando tiempo, volvió a frotarse las manos en la falda, se despidió deseándome suerte.

Al día siguiente llamé dos veces a Nora pero no la encontré, me atendió y madre y prometió darle mis mensajes. Esa misma tarde fui a las últimas direcciones que me faltaba verificar; no encontré a nadie. Nunca los habían visto y los números de las casas no coincidían con los de las calles, revisé la lista y comprobé que esos integrantes de la Única Congregación Valedera todavía no habían nacido. Recordé lo que la anciana me dijo e imaginé sus destinos, ... no quise pensar por su domicilio. Me di cuenta que la única alternativa era descubrir el rito.

Volví a mi casa y traté de encontrar una idea, busqué en los cajones piezas inservibles y las coloqué en el centro del comedor desiertito. Durante dos días armé instrumentos; no dejaba de preguntarme por qué lo hacía; no podía responder, simplemente debía conseguir algo con esas partes que ya no servían. Al tercer día comprendí que el rito estaba iniciado. Esos objetos caprichosos y sin utilidad marcarían el inicio de la última oportunidad.

Los coloqué en puntos que juzgué estratégicos de la ciudad: La Escollera, el Prado, el arroyo Miguelete, la Estación Manga y el edificio de la Intendencia. Las diferentes piezas quedaron disimuladas entre la tierra, debajo del agua, junto a un mástil o colocadas en una abertura del cemento, cada una según su tamaño y siguiendo el orden secreto que el rito fijaba. Luego introduje las manos en mis bolsillos destrozados y me cercioré de que los números no se habían caído. Caminé sin apuro hasta un punto de la rambla que consideré el más oportuno, saqué los cupones y los fui rompiendo acompasadamente, a medida que exhortaba a los gobernantes del mundo a eliminar las armas nucleares. Sentí que ojos furtivos me miraban y desaparecían rápidamente, bajé mi voz y la convertí en un murmullo apenas audible.

Sin dejar de repetir mi exhortación tomé el picadillo de papel y lo arrojé al mar, permaneciendo con los ojos clavados en ellos hasta que las ondas los esparcieron por la costa. Antes de irme, di una última mirada a cuantos trocitos de esperanza pude vislumbrar contra los reflejos del sol. Los estudié unos minutos y me dio por imaginar la reacción de los grandes gobiernos, cuando vean formarse en sus costas, mi exhortación con esos humildes trozos de papel... En ese momento, la Única Congregación Valedera quedaría definitivamente establecida.

Abandoné la rambla y me encaminé a casa. Al pasar por un bar volví a llamar a Nora, tampoco estaba y la respuesta estudiada y

mentirosa de su madre seguía comprometiendo la empresa. No la llamé nuevamente como ella me sugirió, ahora seguiría con la parte final de los preparativos. Intentaría dejar la casa lo más acondicionada posible (aunque me gustaba ese aspecto de caverna que tomaba día a día, con las plantas del jardín entrando por el ventanal del comedor y la luz del atardecer dándole un aspecto de meditación y sosiego).

En cualquier momento llegarán de todas partes cientos de discípulos que prepararán el camino para los que aún no nacieron. Los esperaré sentado en el centro del living, confiando que mi barba y mis cabellos desordenados, junto con la pobreza de mis vestidos los convencerán de mi condición de Primer Elegido. Se prosternarán frente a mí recitando en voz alta las mismas palabras que dije en la rambla, me ofrendarán cuchillos eléctricos, picadoras y cuantos electrodomésticos son consecuencia del desarrollo armamentista de este mundo. Todos comprenderemos lo inútiles que son los departamentos, viajes a Europa y demás placeres terrenales, estaremos todos juntos disfrutando este descubrimiento cuando yo veré entrar a Nora entre arrepentida y contenta por la puerta atascada de alumnos, se acercará buscando mis ojos y yo abrazaré la ansiedad de su mirada.

VANESSA

A mi sobrina

Sería inútil averiguar cuándo empezaron los cambios, ni siquiera nos acordamos cómo era Vanessa al salir del sanatorio. Pero casi enseguida, un ritmo avasallador se desprendió de ella y nos arrastró a todos en inesperados cambios de edad que pusieron muy contenta a la abuela que ya se había resignado a verla sólo de pañales.

Teníamos que guiarnos por ese ritmo. Así lo decidimos el día que vino dormida en los brazos de su madre a buscar un esmalte de uñas y un lápiz de labios que se había olvidado la semana pasada. Después que le cambiaron los pañales se durmió, y nosotros nos fuimos a merendar con té, galletitas y la curiosidad de saber qué haría al despertarse.

Fue poco tiempo más tarde cuando un cuaderno borronado y desprolijo cayó sobre la falda del tío, acompañado por una lágrima, que suplicante recorría un rostro de pocos dientes y muchas cuentas por hacer. Esa era una de las señales que esperábamos: al tío no le importó dejar de preparar su examen y prestarle atención a ese cuaderno surcado por trazos de lápiz que la goma no podía ocultar.

"La maestra manda cosas difíciles que no entiendo" dijo Vanessa chupando mocos que todavía nadie había oído. El tío levantó el cuaderno de sus rodillas y trató de actuar